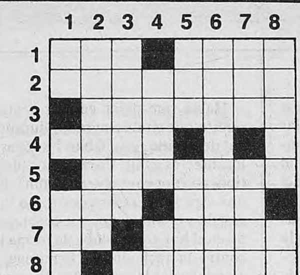
Con censura 19

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Vitorean. / Fluido aeriforme en que se transforma el agua por acción del calor.
2. La que lava por oficio.
3. Emparedados de masa con carne picada o legumbres que se sirven con salsa.
4. Observé.
5. Serpiente de cascabel.
6. Hermana del padre o la madre. / Estado activo de los seres orgánicos.
7. Alga filamentosa, comestible. / Metal pesado, dúctil, usado para cañerías, balas, perdigones, etc.
8. Atascan, obstruyen.

VERTICALES

1. Ruin, bajo. / Expulsión brusca del aire de los pulmones.
2. Miseria, mezquindad, codicia.
3. Provincia de España, cap. Pamplona.
4. Semejante a la nieve. / Símbolo químico del platino.
5. Paraje de un río. / Arbol cuyas flores se usan para preparar una infusión sedante.
6. Pendenciero, camorrero.
7. Hable en público. / Cieno blando y pegajoso.
8. Desgastó una cosa. / Terminación de aumentativo.

SOLUCION 18

Letra censurada: La I.
Horizontales: 1) Viril / Afila. 2) Sardina. 3) Tinaja. 4) Ac / Educa. 5) Omisión. 6) Nidos. 7) Siglo / Anti. 8) Aliad.
Verticales: 1) Vista / Piso. 2) Rancio. 3) Lira / Milla. 4) Dijes / Ol. 5) Anadón. 6) Fía / Unidad. 7) Tc / Ión. 8) Alí / Arista.

Verano/12

Sueños de verano

HASTA QUE UNA OLA LOS SEPARE

En año nuevo las miradas se cruzaron justo a las doce. A ella le quedaba un fondo de Coca y él ya había repetido la sidra. "Está conmigo, pensó, está conmigo"; y feliz con el descubrimiento se concentró en engordar la sidra con los restos de vino, blanco o tinto, que los otros habían deshechado.

El siguiente cruce fue en el asado de despedida organizado por Luis. Meta mezclar chimichurri antes de que chorrearan los chorizos en el terrenito del fondo. Su cuñada se encargó de las ensaladas. Una mixta, otra de papa y huevo, otra de remolacha. El encuentro fue camino al baño. "Pasá vos". "No, por favor, pasá vos", y así hasta que las miradas se cruzaron y ella se escondió cerrando la puerta. "Está conmigo", pensó, recurrente, paseando los nervios por el pasillo, "está conmigo". Ella tardó más de la cuenta pero él no se dio por enterado.

Cuando por fin llegaron a la casa en Mar de Ajó ya era de noche. Dos paradas en la ruta, una pinchadura, media hora en la banquina esperando que la maldita pick-up se enfríe, eran sólo un recuerdo brumoso. Dos cuartos, uno con cama matrimonial unido a la cocina; el otro con cuatro camitas y vista al baño. En el fondo, el patio y la parrilla.

Terminaron de ordenar a eso de la una. Los chicos dormían hace rato y los bostezos anunciaban que todo había acabado. Fue entonces que detrás del camisón rayado de su esposa asomó la mirada por tercera vez. Un pibe, lo que se dice un pibe, ya no era, pero igual le temblaron las piernas cuando se ocultó detrás de la heladera para ponerse el piyama.

Se acostó entre las dos sin hacer ruido. Su mujer dormía con un leve ronquido y, como única muestra de vida, ella exhibía el ascenso y descenso del escote. Por primera vez, desde la noche en que se imaginó rodando con Rita y terminó con una cachetada marcada en el orgullo, el corazón no lo dejaba ordenar los pensamientos. La mano transpirada se negaba a recorrer el camino tantas noches soñado y un extraño dolor en la columna le impedía girar el cuerpo hacia el objetivo. A las siete, cuando el sudor ya no podía renovarse y justo antes de decidirse al abrazo que le abriría las puertas del paraíso, se quedó dormido.

Se levantó a las ocho. Compró dos docenas de facturas, mateó un rato y con los shorts bajó a la playa para aprovechar la fresca. Caminó hasta San Bernardo y, a la vuelta, disimuló el cansancio jugando un cabeza con los pibes. Cuando paró el viento corrió a meterse en el mar. Allí, ella levantó graciosa la cabeza entre la espuma y las miradas volvieron a cruzarse. El sólo fue un suspiro. Bajó derrotado la cabeza y eligió la ola más grande para que lo revuelque.

Gustavo Saiegh

Además de ser premiado por sus artículos periodísticos *(No pongas tus sucias manos sobre Mozart)* y por sus novelas *(La balada de Caín)*, Manuel Vicent, español, gusta premiarse a sí mismo dedicándose a los viajes. **Página/12** publicó un artículo suyo sobre La Habana, Cuba. En este caso, Vicent se va a Leningrado y retorna entre aromas de arenque, atravesado por agujas de oro, con la vista perdida en muchachas de ojos bálticos.

LENING

Olía a arenque todo Leningrado, las niñas llevaban lazos de tul en el pelo, había en los pretiles del Neva algunas muchachas ensimismadas con el rostro de nieve y los ojos bálticos viendo pasar el agua, y en ella se reflejaban,con el sol ya sesgado, las agujas de oro del Almirantazgo y la fortaleza de San Pedro, cuyas murallas tenían el color de la sangre. Al atardecer me gustaba pasear por el malecón del Ermitage o junto a la verja labrada del Jardín de Verano, y desde allí contemplaba cómo el río se abría en dos grandes brazos en la plaza de Pushkin, flanqueada por aquellas columnas rostradas, donde las novias, después de la ceremonia nupcial, dejaban flores y tomaban champaña al pie de las estatuas de sus héroes preferidos.

La corriente del Neva, que transportaba un delicado perfume de arenque, impregnaba de mar toda la ciudad, y otros canales más estancados también exhalaban una exquisita putrefacción en la cepa de edificios neoclásicos. Yo siempre estaba esperando la noche, y mientras la noche nunca acababa de llegar, me diluía entre la multitud de la avenida de Nevski, que avanzaba con pantorrillas velludas, calzada con sandalias de plástico, frenética y en silencio por las aceras a ras de los escaparates un poco desvencijados o de las antiguas mansiones de la aristocracia, que ahora se han convertido en centros de cultura. No soy Dostoievski, evidentemente. Tampoco había llegado hasta San Petersburgo para descubrir un puesto de *Pepsi-cola* a la sombra del palacio de Invierno ni me interesaba describir las pacientes colas que se forman por generación espontánea ante cualquier tenderete de helados de cucurucho. ¿Dónde se encontraban esos malditos borrachos que en una fracción de segundo pasan de la risa al llanto, del odio al deseo, y blasfeman y rezan a la vez al Dios de Rasputín? Seguramente en los ebrios salones del hotel Europa, donde solía recalar, quedaban algunos todavía chapoteando en alcohol; pero cuando el crepúsculo de la noche blanca se acercaba, yo también, como Dostoievski, soñaba con sorprender, apoyada en la barandilla del canal Fontanka, con lágrimas en las mejillas, a una muchacha llamada Nástenka para rescatarla de un beodo nocturno y trabar con ella la esperanza de un amor imposible.

La gente de Leningrado me parecía heroica y al mismo tiempo sumisa, con algo duro y alado en el corazón. Si estos seres habían soportado 300.000 bombas incendiarias durante 900 días de asedio en la II Guerra Mundial, la profunda paciencia de una hora en la fila ante un mostrador para comprar un paño en los inmensos almacenes Gostini Dvor carecía de importancia, y yo no dejaba de admirar a tantas hormigas conformistas que se movían con avidez en los infinitos corredores de aquel gigantesco colmado alrededor de unas mercancías diseñadas con la rudeza del socialismo, pero uno iba tocado por la literatura y en medio de la densidad de rostros sólo buscaba alguno que me recordara a un personaje de Dostoievski. Pasaban bandadas de marinos por los malecones y se hacían fotos en el Campo de Marte; militares de alta graduación e incluso coroneles muy cuadrangulares viajaban de pie en autobús o andaban por la calle inmersos en el fragor del tráfico al salir de las oficinas con un maletín burocrático en el puño; ancianos resistentes con el pecho cubierto de medallas jugaban múltiples partidas de ajedrez contra reloj, coreadas por algún borrachuzo, en cada banco del jardín de la emperatriz Catalina II, y en los parques había chicas angelicales leyendo un libro esperando al amado. Todo el mundo en Leningrado simulaba esperar algo: unos esperaban admirar los tesoros del Ermitage al final de una cola inconmensurable; otros guardaban un turno inmóvil hasta llegar a abrazarse a una botella de cerveza en la única licorería del barrio; algunos estaban petrificados frente a las ventanillas de los teatros; muchos sólo deseaban conquistar una *Pepsi-cola* cuya multinacional ha levantado su bastión frente a la puerta del Palacio de Invierno, por donde un día de octubre de 1917 entraron los obreros en armas para realizar una hazaña que conmovió a la Tierra y cambió el curso de la historia. Probablemente, el alma mística y aciaga de Alioscha, uno de los hermanos Karamazov, habiendo abandonado las páginas de la novela, permanecía ahora volando bajo la columnata de la catedral de la Virgen de Kazán, transformada en museo de la religión, y el ateísmo, a la espera también de que alguien le sirviera un helado de tres gustos.

Había en las plazas un Lenin que señalaba el futuro con un brazo de bronce, y a mí, ¡oh, podrido decadente occidental!, no me interesaban los gestos de la revolución, sino ese punto en que la belleza se une a la carne de los hombres y se purifica o se corrompe en las miradas azules. Yo sólo esperaba la noche láctea.

Me fascinaban las purulentas pasiones que Dostoievski hizo segregar del hígado de sus criaturas, y sin duda aquellos entes de ficción aún pululaban por las calzadas de la ciudad y se miraban en los canales del Neva, que venían hinchados por el deshielo o a causa del viento contrario del golfo de Finlandia. Atraído por el tufo de la muerte quise rendir homenaje a Dostoievski.

En la casa donde escribió o había rodado por los suelos en sus combates epilépticos, y finalmente falleció, volaban fantasmas morbosos que me son gratos, y ellos poblaban las estancias o maceraban el escritorio de limoncillo, las consolas, los retratos de familia, los manuscritos, el tintero junto a la pluma sagrada, la última receta que le impartió el médico de cabecera a la hora tercia del día postrero. Al poeta Pushkin se le rinde en Leningrado culto de latría. Se han levantado estatuas del mejor bronce en su honor. Teatros, bibliotecas y plazas llevan su nombre, que es venerado en todas partes, y hasta su museo acuden en manada los devotos. Era un joven romántico, liberal, limpio, optimista y hermoso. Se enfrentó a la tiranía y narró cosas bellas, sentimientos nobles, causas justas. Murió en duelo a manos de Georges d'Anthes, militar francés al servicio de Rusia, el cual había provocado a la mujer del bardo en aquella chocolatería de artistas que hoy es un falso café literario muy visitado por cuantos van en busca del tiempo perdido con bonos de Inturist. Sin embargo, Dostoievski sólo pervive en la intrahistoria de la ciudad, y realmente su obra se ha nutrido del subconsciente de este pueblo. Nadie habla de él. No tiene monumentos. El nombre de una calle secundaria recuerda su vida en San Petersburgo, y eso tampoco resulta extraño, ya que la literatura de Dostoievski hirvió en su momento como una olla podrida, y en ella flotaban las vísceras más espesas, pasiones, visiones o sueños traspasados por el pesimismo nihilista; todo demasiado viscoso para ser reconocido por la conciencia oficial. Está enterrado en el cementerio Tijvin, entre los tapiales de la laura o monasterio dedicado al beato ortodoxo Alejandro Nevski,y aquella tarde de lluvia fui hasta allí para visitar su tumba, un monolito funerario con la cabeza del escritor esculpida en mármol negro, y sobre ella y el epitafio acrílico caía el agua, mansa todavía, cuando ya había pasado la tormenta y la hierba mojada calzaba todas las sepulturas, y la yedra crecía en torno a los mausoleos de Chaikovski, de Musorgski y de Rimski-Korsakov, y también graznaban los cuervos en los castaños.

Había que dejar en paz a los muertos, puesto que en Leningrado, durante el solsticio de verano, estallaban las rosas y hervían los insectos en las flores de los tilos y se multiplicaba por contagio en el alma de la ciudad una especie de resurrección. La lluvia había cesado y el sol turbio, que permanecía colgado en el horizonte, daba de forma horizontal contra la fachada del Ermitage, y de ella extraía todas las calidades de un verde manzana moldeado con volutas de barroco dorado. La primera noche blanca acababa de empezar, pero aún se hallaba todo brillando en el interior de un fuego suspendido del atardecer: la cúpula de San Isaac, los frontones neoclásicos repletos de dioses, las esfinges del embarcadero al pie de la Academia de Bellas Artes, los caballos indómitos del puente Anichkov o las cuadrigas del arco en el antiguo Estado Mayor Central, las columnas, estatuas, agujas de oro, monumentos, iglesias y también el agua estancada de los canales donde se vertía el reflejo amarillo de los palacios buscando el cieno. Cuando el sol cayó en el Báltico, llevándose tras de sí una polvareda color zumo de melocotón, se instaló en el firmamento la lividez plateada, con una incierta lámina violeta por la parte del Poniente, que no terminó de diluirse hasta pasada la medianoche, y entonces se transformó el aire de Leningrado en una claridad de estaño, inmóvil o muerta. A la una de la



LENINGRADO

Además de ser premiado por sus artículos periodísticos *(No pongas tus sucias manos sobre Mozart)* y por sus novelas *(La balada de Caín)*, Manuel Vicent, español, gusta premiarse a sí mismo dedicándose a los viajes. **Página/12** publicó un artículo suyo sobre La Habana, Cuba. En este caso, Vicent se va a Leningrado y retorna entre aromas de arenque, atravesado por agujas de oro, con la vista perdida en muchachas de ojos bálticos.

Por Manuel Vicent

Olía a arenque todo Leningrado, las niñas llevaban lazos de tul en el pelo, había en los pretiles del Neva algunas muchachas ensimismadas con el rostro de nieve y los ojos bálticos viendo pasar el agua, y en ella se reflejaban, con el sol ya sesgado, las agujas de oro del Almirantazgo y la fortaleza de San Pedro, cuyas murallas tenían el color de la sangre. Al atardecer me gustaba pasear por el malecón del Ermitage o junto a la verja labrada del Jardín de Verano, y desde allí contemplaba cómo el río se abría en dos grandes brazos en la plaza de Pushkin, flanqueada por aquellas columnas rostradas, donde las novias, después de la ceremonia nupcial, dejaban flores y tomaban champaña al pie de las estatuas de sus héroes preferidos.

La corriente del Neva, que transportaba un delicado perfume de arenque, impregnaba de mar toda la ciudad, y otros canales más estancados también exhalaban una exquisita putrefacción en la cepa de edificios neoclásicos. Yo siempre estaba esperando la noche, y mientras la noche nunca acababa de llegar, me diluía entre la multitud de la avenida de Nevski, que avanzaba con pantorrillas velludas, calzada con sandalias de plástico, frenética y en silencio por las aceras a ras de los escaparates un poco desvencijados o de las antiguas mansiones de la aristocracia, que ahora se han convertido en centros de cultura. No soy Dostoievski, evidentemente. Tampoco había llegado hasta San Petersburgo para descubrir un puesto de *Pepsi-cola* a la sombra del palacio de Invierno ni me interesaba describir las pacientes colas que se forman por generación espontánea ante cualquier tenderete de helados de cucurucho. ¿Dónde se encontraban esos malditos borrachos que en una fracción de segundo pasan de la risa al llanto, del odio al deseo, y blasfeman y rezan a la vez al Dios de Rasputín? Seguramente en los ebrios salones del hotel Europa, donde solía recalar, quedaban algunos todavía chapoteando en alcohol; pero cuando el crepúsculo de la noche blanca se acercaba, yo también, como Dostoievski, soñaba con sorprender, apoyada en la barandilla del canal Fontanka, con lágrimas en las mejillas, a una muchacha llamada Nástenka para rescatarla de un beodo nocturno y trabar con ella la esperanza de un amor imposible.

La gente de Leningrado me parecía heroica y al mismo tiempo sumisa, con algo duro y alado en el corazón. Si estos seres habían soportado 300.000 bombas incendiarias durante 900 días de asedio en la II Guerra Mundial, la profunda paciencia de una hora en la fila ante un mostrador para comprar un paño en los inmensos almacenes Gostini Dvor carecía de importancia, y yo no dejaba de admirar a tantas hormigas conformistas que se movían con avidez en los infinitos corredores de aquel gigantesco colmado alrededor de unas mercancías diseñadas con la rudeza del socialismo, pero uno iba tocado por la literatura y en medio de la densidad de rostros sólo buscaba alguno que me recordara a un personaje de Dostoievski. Pasaban bandadas de marinos por los malecones y se hacían fotos en el Campo de Marte; militares de alta graduación e incluso coroneles muy cuadrangulares viajaban de pie en autobús o andaban por la calle inmersos en el fragor del tráfico al salir de las oficinas con un maletín burocrático en el puño; ancianos resistentes con el pecho cubierto de medallas jugaban múltiples partidas de ajedrez contra reloj, coreadas por algún borrachuzo, en cada banco del jardín de la emperatriz Catalina II, y en los parques había chicas angelicales leyendo un libro esperando al amado. Todo el mundo en Leningrado simulaba esperar algo: unos esperaban admirar los tesoros del Ermitage al final de una cola inconmensurable; otros guardaban un turno inmóvil hasta llegar a abrazarse a una botella de cerveza en la única licorería del barrio; algunos estaban petrificados frente a las ventanillas de los teatros; muchos sólo deseaban conquistar una *Pepsi-cola* cuya multinacional ha levantado su bastión frente a la puerta del Palacio de Invierno, por donde un día de octubre de 1917 entraron los obreros en armas para realizar una hazaña que conmovió a la Tierra y cambió el curso de la historia. Probablemente, el alma mística y aciaga de Alioscha, uno de los hermanos Karamazov, habiendo abandonado las páginas de la novela, permanecía ahora volando bajo la columnata de la catedral de la Virgen de Kazán, transformada en museo de la religión, y el ateísmo, a la espera también de que alguien le sirviera un helado de tres gustos.

Había en las plazas un Lenin que señalaba el futuro con un brazo de bronce, y a mí, ¡oh, podrido decadente occidental!, no me interesaban los gestos de la revolución, sino ese punto en que la belleza se une a la carne de los hombres y se purifica o se corrompe en las miradas azules. Yo sólo esperaba la noche láctea.

Me fascinaban las purulentas pasiones que Dostoievski hizo segregar del hígado de sus criaturas, y sin duda aquellos entes de ficción aún pululaban por las calzadas de la ciudad y se miraban en los canales del Neva, que venían hinchados por el deshielo o a causa del viento contrario del golfo de Finlandia. Atraído por el tufo de la muerte quise rendir homenaje a Dostoievski.

En la casa donde escribió o había rodado por los suelos en sus combates epilépticos, y finalmente falleció, volaban fantasmas morbosos que me son gratos, y ellos poblaban las estancias o maceraban el escritorio de limoncillo, las consolas, los retratos de familia, los manuscritos, el tintero junto a la pluma sagrada, la última receta que le impartió el médico de cabecera a la hora tercia del día postrero. Al poeta Pushkin se le rinde en Leningrado culto de latría. Se han levantado estatuas del mejor bronce en su honor. Teatros, bibliotecas y plazas llevan su nombre, que es venerado en todas partes, y hasta su museo acuden en manada los devotos. Era un joven romántico, liberal, limpio, optimista y hermoso. Se enfrentó a la tiranía y narró cosas bellas, sentimientos nobles, causas justas. Murió en duelo a manos de Georges d'Anthes, militar francés al servicio de Rusia, el cual había provocado a la mujer del bardo en aquella chocolatería de artistas que hoy es un falso café literario muy visitado por cuantos van en busca del tiempo perdido con bonos de Inturist. Sin embargo, Dostoievski sólo pervive en la intrahistoria de la ciudad, y realmente su obra se ha nutrido del subconsciente de este pueblo. Nadie habla de él. No tiene monumentos. El nombre de una calle secundaria recuerda su vida en San Petersburgo, y eso tampoco resulta extraño, ya que la literatura de Dostoievski hirvió en su momento como una olla podrida, y en ella flotaban las vísceras más espesas, pasiones, visiones o sueños traspasados por el pesimismo nihilista; todo demasiado viscoso para ser reconocido por la conciencia oficial. Está enterrado en el cementerio Tijvin, entre los tapiales de la laura o monasterio dedicado al beato ortodoxo Alejandro Nevski, y aquella tarde de lluvia fui hasta allí para visitar su tumba, un monolito funerario con la cabeza del escritor esculpida en mármol negro, y sobre ella y el epitafio acrílico caía el agua, mansa todavía, cuando ya había pasado la tormenta y la hierba mojada calzaba todas las sepulturas, y la yedra crecía en torno a los mausoleos de Chaikovski, de Musorgski y de Rimski-Korsakov, y también graznaban los cuervos en los castaños.

Había que dejar en paz a los muertos, puesto que en Leningrado, durante el solsticio de verano, estallaban las rosas y hervían los insectos en las flores de los tilos y se multiplicaba por contagio en el alma de la ciudad una especie de resurrección. La lluvia había cesado y el sol turbio, que permanecía colgado en el horizonte, daba de forma horizontal contra la fachada del Ermitage, y de ella extraía todas las calidades de un verde manzana moldeado con volutas de barroco dorado. La primera noche blanca acababa de empezar, pero aún se hallaba todo brillando en el interior de un fuego suspendido del atardecer: la cúpula de San Isaac, los frontones neoclásicos repletos de dioses, las esfinges del embarcadero al pie de la Academia de Bellas Artes, los caballos indómitos del puente Anichkov o las cuadrigas del arco en el antiguo Estado Mayor Central, las columnas, estatuas, agujas de oro, monumentos, iglesias y también el agua estancada de los canales donde se vertía el reflejo amarillo de los palacios buscando el cieno. Cuando el sol cayó en el Báltico, llevándose tras de sí una polvareda color zumo de melocotón, se instaló en el firmamento la lividez plateada, con una incierta lámina violeta por la parte del Poniente, que no terminó de diluirse hasta pasada la medianoche, y entonces se transformó el aire de Leningrado en una claridad de estaño, inmóvil o muerta. A la una de la madrugada me paseaba por el malecón de la universidad, y a veces me sentaba a leer en el pretil del Neva páginas de Dostoievski que fulgían de modo extraño bajo aquel crepúsculo perenne. Luego seguía caminando o me detenía de nuevo para admirar los matices de luz en la penumbra de las aguas del río, con tantos palacios sumergidos en él, o contemplaba aquel grupo de muchachas que se adornaban con guirnaldas la cabellera para celebrar el solsticio, mientras la música de otros jóvenes sonaba en los muelles. Entonces comencé a experimentar una visión insólita. Las fachadas de los edificios estaban oscuras y el cielo era claro, y cada bocacalle derramaba, o probablemente canalizaba, una especie de corriente luminosa que resbalaba en el asfato, fundiéndose en negro, pero antes quedaba absorbida por los cristales de las ventanas, los cuales centelleaban apenas con un fulgor evanescente, y este espectro adquiría una belleza patética en las verdes y doradas paredes del Ermitage, aunque sólo cuando llegué por el malecón Kutuzov a la verja labrada del Jardín de Verano supe lo que era en realidad una noche blanca o boreal.

Este parque se extiende frente al Neva, lo divide el río Moika, que tiene grifos con alas de oro en el puente, linda con el canalizo del Cisne y lo cierran por detrás las aguas del Fontanka. La masa de los árboles es muy densa, y durante el día no deja que los rayos del sol la atraviesen, y todo el jardín está cruzado por sendas románticas con estatuas de diosas, ninfas o imágenes simbólicas de mármol pálido.

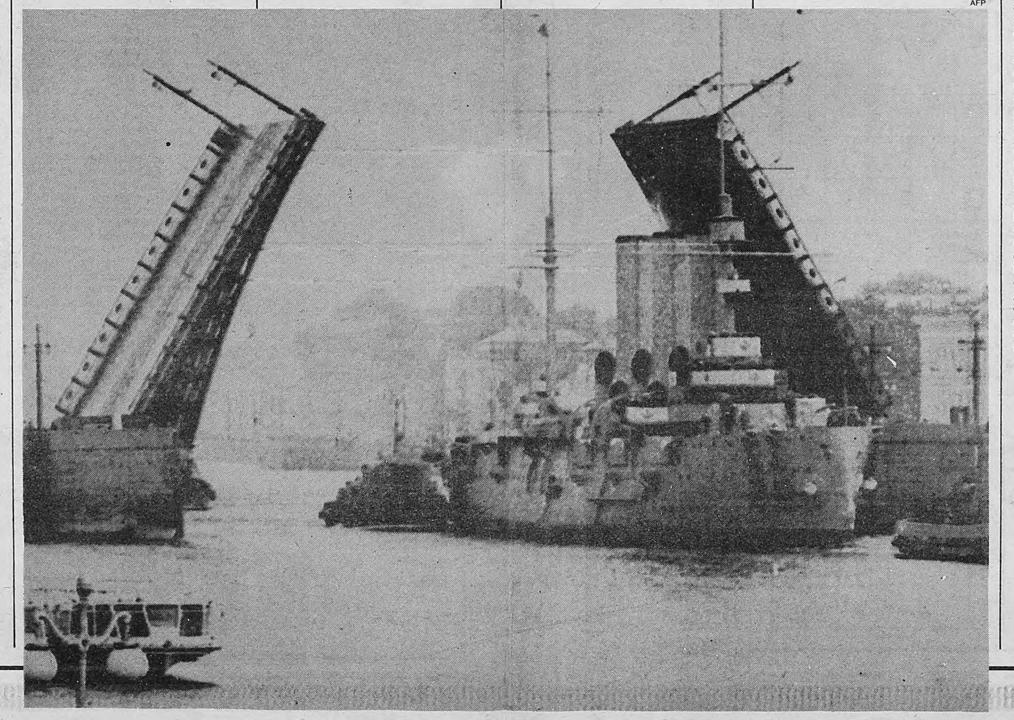
A las dos de la madrugada yo estaba sentado en un banco del Jardín de Verano, y las copas de los tilos, que olían con la máxima profundidad, poseían la oscura densidad de la noche, pero entre las cepas de los árboles, por los caminos a ras de tierra, llegaba una claridad lechosa que se condensaba en las esculturas, y por un momento todo se hallaba en tinieblas y el mármol de las diosas o ninfas derramaba de forma fosforescente la luz que recibía. ¿Por qué en esa hora tan mágica uno de aquellos mármoles femeninos no podía ser la figura de Nástenka petrificada? Yo leía *Noches blancas*, de Dostoievski, sentado en un banco del Jardín de Verano, y las páginas del libro, misteriosamente, resplandecían a las dos de la madrugada. Sabía que las escenas de aquel frustrado amor habían acaecido cerca de allí, junto a la barandilla del canal Fontanka. Durante uno de los perennes crepúsculos boreales del solsticio, una muchacha esperaba en ese lugar a un joven amado que le había jurado volver después de un año de ausencia. Llorando en el pretil, tropezó con ella un soñador que siempre confundía la realidad con el deseo. La consoló. Y habiéndose contado sus vidas con ardientes palabras mutuamente, él quedó enamorado de la chica abandonada, y también ella comenzó a corresponder a su amor en una mezcla de lástima y despecho, pero en la cuarta noche blanca llegó de repente el prometido y se la llevó.

Tal vez ahora, Nástenka estaba delante de mí, convertida en mármol, y yo confundía igualmente en la imaginación diversos frutos de la voluntad. Algunas muchachas reales bailaban con la cabellera llena de flores, las parejas hacían el amor a lo largo de los malecones y había música mientras se elevaban los puentes del Neva, y Leningrado me parecía grandioso y a la vez falso en las piedras reconstruídas, y tampoco lograba aislar la belleza de la ciudad y su sufrida existencia. La escultura de aquella Nástenka que crecía en mi cerebro ejercía un gracioso paso de baile sobre el pedestal, pero estaba detenida en el aire y despedía una luz casi cegadora. ¿Acaso era así la realidad? En la madrugada, bajo un tilo oscuro cuyas ramas dejaban filtrar retales de un firmamento lácteo, yo me hallaba frente a una piedra femenina que consideraba de carne resplandeciente, inmóvil y al mismo tiempo alada. Durante tres noches blancas amé aquella imagen, la visité siempre a una hora exactamente boreal, la fui dotando de alma, y en ese punto de movimiento y parálisis en que brillaba de modo tan intenso descubrí algo que definía la vida y también constituía la esencia de aquella ciudad.

Leningrado parecía navegar, y, no obstante, estaba varado. Todas las islas que forman el delta del Neva permanecían ancladas en medio de una corriente de agua irisada entre el curso del río y el reflujo del Báltico. Por las avenidas interminables, que han sido trazadas fuera de la medida humana, caminaba la gente con una obsesión frenética, y a la vez una parte de esa muchedumbre se mantenía petrificada en las colas con la resignación biológica en el ceño. Los caballos de bronce simulaban una cabalgada en la plaza de los Decembristas, en el puente de Anichkov, sobre el arco triunfal de Narva, en el monumento a Pedro I, hecho jinete de sí mismo, y, sin embargo, era el viento ártico el que los montaba y los hacía volar. Las estatuas de Lenin en Smonli, en la plaza de Moscú o a la salida de la estación de Finlandia exhibían una tensión dinámica con el brazo hacia el futuro, y a pesar de todo había algo en ella cristalizado. Me daba la sensación de que esta gente estaba mal preparada para atacar, pero increíblemente dotada para resistir, y frente a la estatua de aquella muchacha de nieve en la noche blanca de Leningrado yo soñaba con tantas rebeldías aplastadas, refriegas contra los esclavos, asaltos de obreros, encendidos discursos con una mezcla de dinamita y palabras ardientes, bombas, soflamas, mitines y pistoletazos a bocajarro que esta ciudad aristocrática había soportado hasta el triunfo final, y no dejaba de preguntarme cómo un pueblo en apariencia tan sumiso había sido capaz en su tiempo de hacer una revolución de alcance planetario. Tenía visiones de zares podridos dentro de mantos de armiño o arrastrando colas de terciopelo por los corredores de palacio con la corona de diamantes ladeada sobre una oreja, mientras Rasputín salía de una nube de incienso y metía las barbas bajo el miriñaque de princesas o zarinas, y la plebe blasfemaba en los establos junto a los cerdos o comenzaba a rugir en la calle sin ahogar todavía la melodía del vals que se bailaba en los salones entre los racimos de ángeles y ninfas del artesonado rococó y el suelo de mármoles verdes, los cuales echaban destellos de una vida feliz.

Eran corrientes de leche las que fluían por las sendas entre los tilos oscuros en el Jardín de Verano, y yo trataba de ahuyentar del cerebro el fantasma de la política y sólo quería pensar en el amor o en las convulsiones de la pasión que baten el alma eslava en sueños dulces y terribles. ¿A dónde podría llevar yo mañana a la señorita Nástenka para que se divirtiera antes de que su novio me la arrebatara? Tal vez a los ebrios salones del hotel Europa o al teatro de la ópera Kirov, pero ahora las blancas tinieblas permanecían condensadas en su imagen petrificada en el pedestal, detenida en un paso de baile, y en ese momento, los puentes del Neva se estaban levantando para que cruzaran los barcos de gran tonelaje hacia el Báltico o el Ladoga, y yo sabía que aquél no era sólo un espectáculo curioso, sino un rito de iniciación en estos días del solsticio de estío, que se coreaba con cánticos y danzas. Contemplar cómo una inmensa calzada de asfalto se divide en dos y se elevan las partes, abriéndose lentamente, junto con las farolas prendidas, y adivinar en la penumbra de las aguas la silueta de los cargueros que penetra aquella pelvis dilatada puede tener un significado freudiano, y por eso había entonces en los pretiles grupos de muchachas que se coronaban de flores, y los jóvenes tocaban instrumentos de viento y también cantaban mientras las gabarras, de un modo oscuro, hacían sonar las sirenas.

Estaba decidido. Sin duda, mañana volvería de madrugada al Jardín de Verano y robaría la escultura de aquella mujer de mármol. La guardaría conmigo en el corazón y un día convenido, a la puesta de sol, la llevaría a cenar al hotel Europa, donde los salones tienen cortinajes espesos con pulgas del siglo XIX todavía, y allí, con ella, bailaría entre plato y plato en el comedor donde las orquestas de pistón tocan boleros, valses, polcas y toda clase de música que sirva para bajar la sopa y la carne picada, o la col con salsa agria. Vería las mejillas de Nástenka encendidas por la sangre. A su alrededor, los alegres comensales de Leningrado, con la jarra de cerveza en la mano dentro de un ruido ensordecedor, pasarían del llanto a las carcajadas, de las miradas furiosas de alcohol a la ternura de las caricias, de las blasfemias a las humildes súplicas, y ella sería una de esas chicas con pie de nieve y ojos de mar que pueblan la ciudad, silenciosas, ardientes, con alas. Luego tal vez iríamos a la ópera en el teatro Kirov, y allí escucharíamos *La traviata* entre gente distinguida intelectuales con barba, niñas pitongas de papá burócrata, señoras guapísimas con joyas o alta bisutería y políticos de partido. En la novela, a Nástenka su novio le había prometido llevarla a oír *El barbero de Sevilla* pero nosotros cambiaríamos el amor de Rosina por el de Violeta y veríamos cómo esta dama de las camelias tan burguesa muere en medio del perfume francés que desde los lujosos palcos del teatro Kirov derrama la clase más elevada del proletariado. Al salir de la ópera, en una carroza con palafrenero, nos daríamos una vuelta por la Plaza de las Artes, volveríamos a cruzar el canal Fontanka, que aún tendría el cieno inundado de palacios amarillos y, cuando ya la noche fuera blanca del todo, nos daríamos un paseo por los muelles de Neva y allí nos uniríamos a la fiesta de las jóvenes bacantes que rinden con cánticos y flores un homenaje a cierto Dionisio báltico en los breves días de placer solar. Contemplaríamos de nuevo cómo se yerguen los puentes, mientras en los rincones de cualquier malecón sonaban risas de deseo, y finalmente los dos volveríamos en la cuarta jornada al Jardín de Verano en mitad de la madrugada, y entonces Nástenka subiría al pedestal para seguir por siempre paralizada en mi cerebro, y ya nunca dejaría de recordar la hermosa ciudad de Leningrado con el agua del río detenida y todas las islas del delta constituidas por palacios y mansiones aristocráticas navegando hacia el Báltico.


AFP

Miércoles 27 de enero de 1988

madrugada me paseaba por el malecón de la universidad, y a veces me sentaba a leer en el pretil del Neva páginas de Dostoievski que fulgían de modo extraño bajo aquel crepúsculo perenne. Luego seguía caminando o me detenía de nuevo para admirar los matices de luz en la penumbra de las aguas del río, con tantos palacios sumergidos en él, o contemplaba aquel grupo de muchachas que se adornaban con guirnaldas la cabellera para celebrar el solsticio, mientras la música de otros jóvenes sonaba en los muelles. Entonces comencé a experimentar una visión insólita. Las fachadas de los edificios estaban oscuras y el cielo era claro, y cada bocacalle derramaba, o probablemente canalizaba, una especie de corriente luminosa que resbalaba en el asfato, fundiéndose en negro, pero antes quedaba absorbida por los cristales de las ventanas, los cuales centelleaban apenas con un fulgor evanescente, y este espectro adquiría una belleza patética en las verdes y doradas paredes del Ermitage, aunque sólo cuando llegué por el malecón Kutuzov a la verja labrada del Jardín de Verano supe lo que era en realidad una noche blanca o boreal.

Este parque se extiende frente al Neva, lo divide el río Moika, que tiene grifos con alas de oro en el puente, linda con el canalizo del Cisne y lo cierran por detrás las aguas del Fontanka. La masa de los árboles es muy densa, y durante el día no deja que los rayos del sol la atraviesen, y todo el jardín está cruzado por sendas románticas con estatuas de diosas, ninfas o imágenes simbólicas de mármol pálido.

A las dos de la madrugada yo estaba sentado en un banco del Jardín de Verano, y las copas de los tilos, que olían con la máxima profundidad, poseían la oscura densidad de la noche, pero entre las cepas de los árboles, por los caminos a ras de tierra, llegaba una claridad lechosa que se condensaba en las esculturas, y por un momento todo se hallaba en tinieblas y el mármol de las diosas o ninfas derramaba de forma fosforescente la luz que recibía. ¿Por qué en esa hora tan mágica uno de aquellos mármoles femeninos no podía ser la figura de Nástenka petrificada? Yo leía *Noches blancas*, de Dostoievski, sentado en un banco del Jardín de Verano, y las páginas del libro, misteriosamente, resplandecían a las dos de la madrugada. Sabía que las escenas de aquel frustrado amor habían acaecido cerca de allí, junto a la barandilla del canal Fontanka. Durante uno de los perennes crepúsculos boreales del solsticio, una muchacha esperaba en ese lugar a un joven amado que le había jurado volver después de un año de ausencia. Llorando en el pretil, tropezó con ella un soñador que siempre confundía la realidad con el deseo. La consoló. Y habiéndose contado sus vidas con ardientes palabras mutuamente, él quedó enamorado de la chica abandonada, y también ella comenzó a corresponder a su amor en una mezcla de lástima y despecho, pero en la cuarta noche blanca llegó de repente el prometido y se la llevó.

Tal vez ahora, Nástenka estaba delante de mí, convertida en mármol, y yo confundía igualmente en la imaginación diversos frutos de la voluntad. Algunas muchachas reales bailaban con la cabellera llena de flores, las parejas hacían el amor a lo largo de los malecones y había música mientras se elevaban los puentes del Neva, y Leningrado me parecía grandioso y a la vez falso en las piedras **reconstruidas, y tampoco lograba aislar la** belleza de la ciudad y su sufrida existencia. La escultura de aquella Nástenka que crecía en mi cerebro ejercía un gracioso paso de baile sobre el pedestal, pero estaba detenida en el aire y despedía una luz casi cegadora. ¿Acaso era así la realidad? En la madrugada, bajo un tilo oscuro cuyas ramas dejaban filtrar retales de un firmamento lácteo, yo me hallaba frente a una piedra femenina que consideraba de carne resplandeciente, inmóvil y al mismo tiempo alada. Durante tres noches blancas amé aquella imagen, la visité siempre a una hora exactamente boreal, la fui dotando de alma, y en ese punto de movimiento y parálisis en que brillaba de modo tan intenso descubrí algo que definía la vida y también constituía la esencia de aquella ciudad.

Leningrado parecía navegar, y, no obstante, estaba varado. Todas las islas que forman el delta del Neva permanecían ancladas en medio de una corriente de agua irisada entre el curso del río y el reflujo del Báltico. Por las avenidas interminables, que han sido trazadas fuera de la medida humana, caminaba la gente con una obsesión frenética, y a la vez una parte de esa muchedumbre se mantenía petrificada en las colas con la resignación biológica en el ceño. Los caballos de bronce simulaban una cabalgada en la plaza de los Decembristas, en el puente de Anichkov, sobre el arco triunfal de Narva, en el monumento a Pedro I, hecho jinete de sí mismo, y, sin embargo, era el viento ártico el que los montaba y los hacía volar. Las estatuas de Lenin en Smonli, en la plaza de Moscú o a la salida de la estación de Finlandia exhiban una tensión dinámica con el brazo hacia el futuro, y a pesar de todo había algo en ella cristalizado. Me daba la sensación de que esta gente estaba mal preparada para atacar, pero increíblemente dotada para resistir, y frente a la estatua de aquella muchacha de nieve en la noche blanca de Leningrado yo soñaba con tantas rebeldías aplastadas, refriegas contra los esclavos, asaltos de obreros, encendidos discursos con una mezcla de dinamita y palabras ardientes, bombas, soflamas, mítines y pistoletazos a bocajarro que esta ciudad aristocrática había soportado hasta el triunfo final, y no dejaba de preguntarme cómo un pueblo en apariencia tan sumiso había sido capaz en su tiempo de hacer una revolución de alcance planetario. Tenía visiones de zares podridos dentro de mantos de armiño o arrastrando colas de terciopelo por los corredores de palacio con la corona de diamantes ladeada sobre una oreja, mientras Rasputin salía de una nube de incienso y metía las barbas bajo el miriñaque de princesas o zarinas, y la plebe blasfemaba en los establos junto a los cerdos o comenzaba a rugir en la calle sin ahogar todavía la melodía del vals que se bailaba en los salones entre los racimos de ángeles y ninfas del artesonado rococó y el suelo de mármoles verdes, los cuales echaban destellos de una vida feliz.

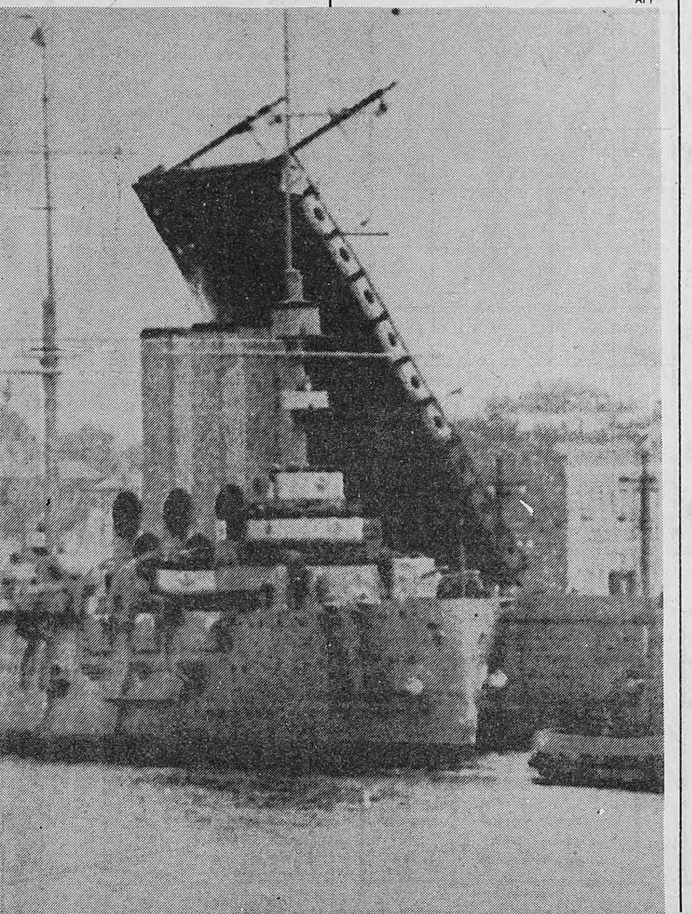
Eran corrientes de leche las que fluían por las sendas entre los tilos oscuros en el Jardín de Verano, y yo trataba de ahuyentar del cerebro el fantasma de la política y sólo quería pensar en el amor o en las convulsiones de la pasión que baten el alma esclava en sueños dulces y terribles. ¿A dónde podría llevar yo mañana a la señorita Nástenka para que se divirtiera antes de que su novio me la arrebatara? Tal vez a los ebrios salones del hotel Europa o al teatro de la ópera Kirov, pero ahora las blancas tinieblas permanecían condensadas en su imagen petrificada en el pedestal, detenida en un paso de baile, y en ese momento, los puentes del Neva se estaban levantando para que cruzaran los barcos de gran tonelaje hacia el Báltico o el Ladoga, y yo sabía que aquél no era sólo un espectáculo curioso, sino un rito de iniciación en estos días del solsticio de estío, que se coreaba con cánticos y danzas. Contemplar cómo una inmensa calzada de asfalto se divide en dos y se **elevan las partes, abriéndose lentamente, junto con las farolas prendidas, y adivinar en** la penumbra de las aguas la silueta de los cargueros que penetra aquella pelvis dilatada puede tener un significado freudiano, y por eso había entonces en los pretiles grupos de muchachas que se coronaban de flores, y los jóvenes tocaban instrumentos de viento y también cantaban mientras las gabarras, de un modo oscuro, hacían sonar las sirenas.

Estaba decidido. Sin duda, mañana volvería de madrugada al Jardín de Verano y robaría la escultura de aquella mujer de mármol. La guardaría conmigo en el corazón y un día convenido, a la puesta de sol, la llevaría a cenar al hotel Europa, donde los salones tienen cortinajes espesos con pulgas del siglo XIX todavía, y allí, con ella, bailaría entre plato y plato en el comedor donde las orquestas de pistón tocan boleros, valses, polcas y toda clase de música que sirva para bajar la sopa y la carne picada, o la col con salsa agria. Vería las mejillas de Nástenka encendidas por la sangre. A su alrededor, los alegres comensales de Leningrado, con la jarra de cerveza en la mano dentro de un ruido ensordecedor, **pasarían del llanto a las carcajadas,** de las miradas furiosas de alcohol a la ternura de las caricias, de las blasfemias a las humildes súplicas, y ella sería una de esas chicas con pie de nieve y ojos de mar que pueblan la ciudad, silenciosas, ardientes, con alas. Luego tal vez iríamos a la ópera en el teatro Kirov, y allí escucharíamos *La traviata* entre gente distinguida intelectuales con barba, niñas pitongas de papá burócrata, señoras guapísimas con joyas o alta bisutería y políticos de partido. En la novela, a Nástenka su novio le había prometido llevarla a oír *El barbero de Sevilla* pero nosotros cambiaríamos el amor de Rosina por el de Violeta y veríamos cómo esta dama de las camelias tan burguesa muere en medio del perfume francés que desde los lujosos palcos del teatro Kirov derrama la clase más elevada del proletariado. Al salir de la ópera, en una carroza con palafrenero, nos daríamos una vuelta por la Plaza de las Artes, volveríamos a cruzar el canal Fontanka, que aún tendría el cieno inundado de palacios amarillos y, cuando ya la noche fuera blanca del todo, nos daríamos un paseo por los muelles de Neva y allí nos uniríamos a la fiesta de las jóvenes bacantes que rinden con cánticos y flores un homenaje a cierto Dionisio báltico en los breves días de placer solar. Contemplaríamos de nuevo cómo se yerguen los puentes, mientras en los rincones de cualquier malecón sonaban risas de deseo, y finalmente los dos volveríamos en la cuarta jornada al Jardín de Verano en mitad de la madrugada, y entonces Nástenka subiría al pedestal para seguir por siempre paralizada en mi cerebro, y ya nunca dejaría de recordar la hermosa ciudad de Leningrado con el agua del río detenida y todas las islas del delta constituidas por palacios y mansiones aristocráticas navegando hacia el Báltico.

Por Manuel Vicent

GRADO

AFP



LOS MONJITOS

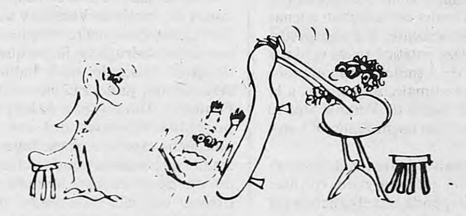
Por **HENFIL**

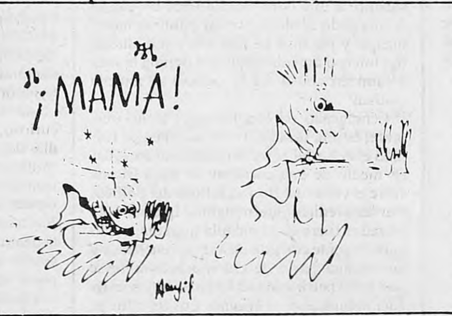














GARAY EDICIONES

JUEGOS

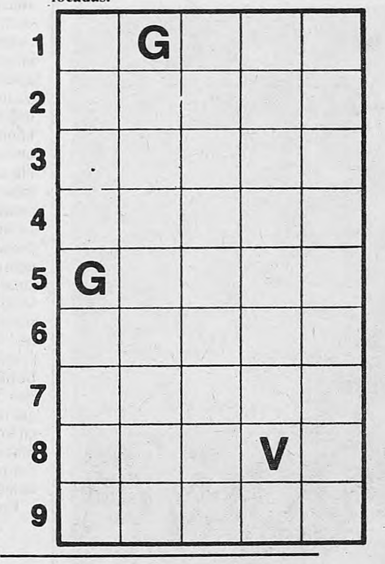
J	U	Y	G	F	D	E	R	S	A
H	O	I	F	S	B	V	C	F	D
E	N	C	E	M	A	R	E	S	R
T	A	I	S	R	M	A	F	O	N
O	M	T	E	I	R	X	T	B	L
B	N	E	F	B	E	C	A	M	E
I	G	O	M	J	A	G	Q	H	Ñ
U	R	E	B	R	U	I	A	O	P
C	I	U	T	A	N	R	T	R	U
S	A	D	I	L	A	Y	S	C	L
E	N	F	A	D	R	I	R	A	Y
R	O	S	O	J	E	O	X	K	E
I	M	E	T	A	N	B	I	L	R.

19 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre los nombres de 7 términos de agricultura que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

19 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.



1		G			
2					
3					
4					
5	G				
6					
7					
8				V	
9					

DEFINICIONES

1. Sonido alto.
2. Me refiero a una persona.
3. Que tiene alas.
4. Instrumento de labranza.
5. Jerarquía, cargo.
6. Tumor inflamatorio de la piel.
7. Acción de granar.
8. Piedra machacada que se usa para pavimentar.
9. Sonido bajo.

19 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	0	4	7	0	1
3	6	9	8	1	0
5	3	8	2	1	1
7	1	5	8	1	0

				B	R
				4	0
1	9	6	0	2	0
5	2	6	3	3	0
5	2	7	3	2	0
7	6	1	3	1	1

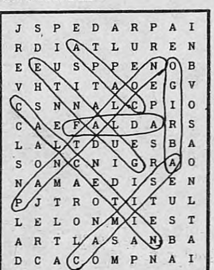
SOLUCIONES

18

"TRANSFORMACION"

HEBRA
CEBRA
COBRA
COBRO
CORRO
CARRO
CARPO
CARLO
CALLO

"LA SOPA DEL 7"



J	S	P	E	D	A	R	P	A	I
R	D	I	A	T	L	U	R	E	N
E	E	U	S	P	P	E	N	O	B
V	H	T	I	T	A	O	E	G	V
C	S	N	N	A	L	C	P	I	O
C	A	E	F	A	L	D	A	R	S
L	A	L	T	D	U	E	S	B	A
S	O	N	C	N	I	G	R	A	O
N	A	M	A	E	D	I	S	E	N
P	J	T	R	O	T	I	T	U	L
L	E	L	O	N	M	I	E	S	T
A	R	T	L	A	S	A	N	B	A
D	C	A	C	O	M	P	N	A	I

"NUMERO OCULTO"

1. 9752
2. 9508